

«Sumérgete en un viaje conmovedor y lleno de aprendizaje, a través de la mirada de un padre que lucha por comprender el autismo de su hijo y descubre un amor inquebrantable.»

Desde tus ojos



M. Markusen

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del M. Markusen. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Primera edición 2023

© M. Markusen.

Todos los derechos reservados.

Safe creative 1256358756214

Instagram @marcmarkusen

Portada diseñada por Mari Luz Montes @marluz.monteskd

www.mmarkusen.com

ANTES DE EMPEZAR

Antes de dar comienzo a la lectura de esta autobiografía, debo advertirte que algunas partes podrían herir tu sensibilidad, ya que en ella se mencionan temas delicados como el acoso escolar, el suicidio, la discriminación social y los problemas de conducta graves. Mostrando mi historia y experiencias personales, intento ayudar por igual a aquellas personas que desean ponerse en los zapatos de un familiar o un amigo que está viviendo una situación similar a la mía, y a otros padres de niños especiales para que no se sientan solos e incomprendidos.

Ten en cuenta que todos los hechos que narraré a continuación realmente sucedieron, pero los describiré desde mi perspectiva, y basándome en el sistema médico y ayudas sociales de España. Además, me gusta cruzarme con el humor en cada esquina porque la vida sin él no vale la pena, así que no tomes todo lo que diga al pie de la letra ni tengas en cuenta cada comentario, porque suelo ser una persona bastante sarcástica.

Sin importar el motivo por el cual hayas decidido pasarte por aquí para leer mi relato, sé más que bienvenido. Sentémonos juntos en un gran sofá de piel durante unas horas, frente

a una cálida chimenea, acompañados de un café con leche recién hecho, y permíteme guiarte a través de un camino emocionante con pequeñas grietas de dolor y tristeza, y senderos de esperanza y aprendizaje. ¿No te gusta el café? ¿En serio...? ¿Te puedes marchar de mi casa?

Es broma.

1

EL DIAGNÓSTICO

Qué responderías si te formulo esta pregunta: "¿Recuerdas cuál fue el día más duro y difícil de toda tu vida?" Estoy convencido de que si encontraras en el desierto una lámpara mágica con un genio dentro dispuesto a concederte un deseo, borrarías ese instante del historial de tu mente sin dudarlo. Probablemente, tus recuerdos te producirían un nudo en la garganta, y responderías con la dolorosa pérdida de algún ser muy querido. Un padre que te enseñó a andar en bicicleta y te animó a levantarte de nuevo cuando te lastimaste las rodillas, que te ayudó en los momentos más difíciles y te regaló aquello que tanto deseabas, y al que se le paró el corazón mientras dormía tras varios años de operaciones delicadas. Una madre que solía prepararte el desayuno cada mañana, que se enojaba contigo cuando te desviabas de la rectitud y te ayudó a pagar la entrada de ese nuevo hogar que te haría independiente, pero una de esas mañanas que fuiste a visitarla había olvidado, no solo quién eras tú, tu nombre y tu rostro, sino también su pasado creciendo en el pueblo junto a tus abuelos. Un hermano que te enseñó cuál era la música de verdad y no esa

basura que escuchabas porque te lo ordenaba la televisión, te pasaba revistas para mayores a escondidas y te defendió en el recreo de los abusones, y una tarde, volviendo de una fiesta, se marchó para siempre en un desafortunado accidente de tráfico. Incluso, puede que el maldito cáncer se llevara a ese gran amigo íntimo con el que jamás discutiste y con el que fumabas a escondidas cuando tus padres no estaban en casa. Si me apuras, apuesto a que desearías no tener en tu memoria la partida de una mascota que te recibía con dulces, alegres y peludos besos, pero, inevitablemente, envejeció hasta romper tu alma en un millón de pedazos.

¿Qué respondería yo a esa pregunta? Respecto al día de mi vida en el que mi corazón se desgarró, tengo muy claro cuál fue, al menos, mientras escribo estas palabras sentado en una silla de Ikea sin acolchar y frente a un ordenador portátil destartado al que le faltan varias teclas porque mi hijo las arrancó y por ello me vi obligado a utilizar un teclado externo. La silla salió muy económica, sí, pero me deja el trasero tan dañado que, al levantarme, camino durante unos minutos con la misma torpeza y lentitud que una tortuga con síndrome de Chiquito de la Calzada.

Se podría decir que mi realidad se transformó en un abrir y cerrar de ojos, de manera radical con...

¿Me permites una breve pausa para hacer cuentas durante un momento?

Una, dos, tres...

Mi mundo cambió para siempre y sin remedio con cuatro palabras exactas. ¿Cuáles fueron? Te lo contaré. Después de todo, para eso has venido hasta aquí.

Recuerdo aquel día de un soleado y cálido verano, hace ya algunos años, con memoria fotográfica. Tendría que remover cientos de documentos que están durmiendo dentro de una obesa carpeta guardada en las profundidades de un armario para darte una fecha exacta. Si te soy sincero, hurgar entre

vieja burocracia no me apetece nada. Registros médicos, citas con especialistas, recetas de medicamentos... y mucho más papleo que ha exterminado bosques enteros y me produce un intenso dolor de cabeza. Para que me conozcas más a fondo, te informaré que tengo alergia a tres cosas únicamente: "El polen, el bricolaje y la burocracia." Además, rompería el ritmo narrativo de esta biografía.

Fue a finales de la década de dos mil diez, pasado el dos mil quince. Hazme un favor y no te preocupes por el año exacto. Aunque, al decir esto, llega a mi cabeza una absurda pregunta. ¿Cuál sería la manera correcta de definir esa década? Puede que... ¿los años diez? En mi opinión, suena bastante mejor que "la primera década del nuevo milenio", sin duda.

En fin...

El día más difícil de mi vida me pilló por sorpresa, y también tiene que ver con una pérdida, la del hijo que creí conocer y al que tuve que volver a descubrir desde cero. No te preparan debidamente para esta situación, la verdad, y llega hasta tu cara veloz y sin avisar, como una bola de nieve estampándose a toda velocidad. Nunca me ha sucedido algo parecido, en los alrededores de Valencia capital no nieva nunca, pero supongo que debe ser muy doloroso.

Mi mujer y yo esperábamos sentados pacientemente en la consulta de la neuropediatra a que esta llegara con los resultados de varias pruebas que le hicieron a nuestro hijo. La sala no era muy grande y el aire acondicionado aliviaba el calor asfixiante del exterior. Nada destacaba. Tenía una tradicional mesa con un ordenador obsoleto, y el correspondiente teclado que era pulsado por los dedos índices de los doctores con lentitud a pesar de su avanzado nivel académico. ¿No enseñan mecanografía en la universidad?

Varias estanterías blancas, para variar, guardaban el reposo de una decena de cajas de medicamentos. Por sorpresa y pegada a la pared había... ¿A ver si lo adivinas? ¡Sorpresa! Había una camilla y sobre esta una ventana que reflejaba la danza de los árboles del exterior.

La neuropediatra nos daría una explicación que nos mostraría luz acerca del extraño comportamiento y el retraso madurativo de nuestro pequeño. Entraré en detalles más adelante, pero resumiendo, nuestro hijo Aarón tenía dos años y pocos meses, casi había cumplido tres, y todavía no había dicho ni una sola palabra clara como "papá" o "pandereta verde". Le costaba mucho conciliar el sueño por la noche y se despertaba con mucha energía, aleteaba las manos con ansiedad igual que cuando te quemas al tocar algo caliente, se daba repetidos cabezazos contra el carrito al balancearse, no respondía apenas a su nombre ni a nuestras llamadas de atención, y perdía a menudo la mirada buscando moscas invisibles.

Mi mujer se mordía nerviosa las uñas, haciendo chirriar sus dientes, y rascaba su largo pelo con extrema inquietud, ondulado y tan castaño como una catarata de café recién tostado en los campos de Sudamérica.

Así como existen tres cosas a las que tengo alergia, hay otras que considero indispensables para sobrevivir y ser persona: El café...

Básicamente es el café.

Envíame junto a un grupo de desconocidos a una isla desierta, sin café, y en pocos días los verás luchando para sobrevivir ante mi acecho, como en la película Predator.

Mi hijo, con su pelo corto y moreno como el mío, estaba sentado en su carrito a nuestro lado, riendo y jugando, aleteando las manos y con la mirada perdida. Algo debió ver, algo que yo no localizaba y le hizo gracia. A mí se me pegó su risa. ¿A quién no se le contagia la risa de un niño pequeño? Incluso al peor de los villanos le hace reír ese sonido.

Según dicen los especialistas, la alopecia es hereditaria, en mayor medida genética, por parte del abuelo materno. Por ello, doy gracias al cielo por el día que descubrimos que el padre de mi mujer tenía una melena que ya le gustaría al mismísimo Tarzán.

¿He dicho “descubrimos”? Es una larga historia, paralela y muy larga de contar, y que no tiene relevancia con esta. Pero sí, lo descubrimos.

Yo no compartía ni comprendía la preocupación tan paranoica de mi mujer respecto a los problemas de Aarón. ¡Seguro que no era para echarle tanto drama! Al fin y al cabo, cada niño avanza a un ritmo diferente, ¿no es así? Al menos, eso me dijeron mis padres cuando les comenté que a su nieto había que hacerle algunas pruebas médicas debido a su retraso madurativo.

—¡Pero qué exagerados son los médicos de hoy en día! —opinó mi padre, algo molesto, gesticulando con sus enormes manos forjadas tras toda una dura vida preparando barras de pan artesanales y con su agravada alopecia heredada de mi abuelo y que yo, para mi desgracia, también heredé—. En mis tiempos, no te llevaban al médico para comprobar bobadas así; cada niño avanza de una forma distinta. ¡Mírame a mí, por ejemplo! ¡No hablé hasta que cumplí tres años!

—Papá, me parece que estás exagerando bastante —sugerí—. ¿Seguro que no hablaste hasta tan tarde? Me da la impresión de que te lo has inventado.

—¡Que sí, que te lo digo yo! ¡No hablaba nada! —insistió—. Bueno... Quizá sí hablaba, pero no muy bien. Chapurreaba raro.

—Papá, hablar raro sí es normal, y para solucionar ese problema se lleva a los niños a un especialista llamado “logopeda”.

—Sé qué es un logopeda, hijo —aclaró, ofendido—. No me tomes por tonto.

—Juan, los médicos sabrán lo que es mejor para tu nieto —le interrumpió mi madre—. Si le quieren hacer algunas pruebas al niño, debe ser porque han visto algo que no les cuadra. Aun así, hijo —se dirigió a mí—, tú siempre fuiste un niño muy despistado y también te perdías en la luna de Valencia.

Es una expresión de esta zona. Significa que te distraes fácilmente con cualquier cosa.

—Pero, mamá, yo hablé muy pronto y muy bien, y tú lo sabes —comenté—. Me dijiste que con apenas un año era capaz de decir: "Mamá, necesito ir al váter para hacer popó o mancharé el pañal, por favor" —recordé, con acento señorial.

—Es posible que exagerara con la pronunciación y la forma de pedirlo —como toda madre cuando describe a su hijo ante un grupo de amigos—, pero sí es cierto que hablaste de manera muy prematura.

—Que le hagan las pruebas y a ver qué pasa —sugirió mi mujer—. Hay que descartar todos los problemas que pueda tener el niño.

—Eso está claro —coincidió mi padre.

Recuerdo con nitidez cristalina las visitas habituales a la pediatra para que administraran las vacunas y revisaran a Aarón. En esas ocasiones, mi mujer solía señalar ciertos comportamientos de nuestro hijo que la desconcertaban. Sin embargo, la pediatra, en lugar de considerar la posibilidad de un problema, solía descartar esas preocupaciones de manera categórica.

Sus comentarios solían ser así.

—Estas mamás modernas, siempre preocupadas por todo... Cada niño tiene su propio desarrollo, no es necesario obsesionarse tanto. No hay dos que caminen al mismo ritmo.

Volviendo a la consulta de la neuropediatra. En el interior de mi cabeza yo estaba igual que mi hijo; desconectado de la realidad y sin darle importancia a nada.

—¿Qué crees que habrá visto Aarón que le ha hecho tanta gracia, cari? —pregunté a mi mujer.

Suelo llamarla “cari” o “teta”. Lo segundo no tiene nada que ver con..., ya sabes qué. Es una expresión valenciana que refleja cariño o amistad, y también la usan mucho los amigos. La verás pasar bastante por esta biografía.

—No lo sé, la verdad —respondió—. Ahora mismo no tengo la cabeza para pensar en qué hace reír a mi hijo.

Mi Pitufu aleteó sus brazos como si bailara sevillanas, y gritó con una sonrisa porque sí, otra vez.

—¡Olé, mi niño! —jugué con él, copiando su baile e imitando un acento andaluz de una manera cutre y ridícula—. ¡Qué arte, "illo"!

¿Qué tal se me da bailar sevillanas? Para que te hagas una idea: imagina a Lola Flores, invierte su nivel al máximo opuesto y adjunta mucha vergüenza ajena. A ese despropósito, añádele una falta de sincronización preocupante y la falta absoluta de talento para mover el esqueleto. A mí no me echaban de las discotecas, directamente me ponían una demanda.

—Aarón no está bailando, mi amor —opinó mi mujer—. Repetir esos gestos sin parar no es normal.

¿Por qué estaba tan preocupada Vanessa? Yo solo quería que entrara de una vez la neuropediatra, nos dijera que todo estaba en orden, y nos fuéramos a casa.

—Teta, de verdad. Cálmate —le pedí—. Todo está bien, ya lo verás. Lo que tiene nuestro hijo no es más que un simple retraso madurativo. A muchos niños les sucede lo mismo.

Me miró con ojos tristes y suspiró.

—Ojalá tengas razón, cielo, pero mi instinto me dice que algo en mi pequeño no marcha bien.

Aparte de morderse las uñas y tocar impulsivamente su pelo, mi mujer tenía el clásico tic en el pie que le hacía tambalearlo arriba y abajo, como si impulsara el pedal de una antigua máquina de coser invisible.

—Díselo a mamá, tete. ¿Qué has visto que te ha hecho tanta gracia? —pregunté a mi hijo.

¿Lo ves? Te dije que aquí es natural llamar “tete” a tu hijo, amigo, vecino o pareja.

Él no contestó, ni siquiera proyectó sus ojos hacia mí. Siguió a lo suyo, buscando un misterio oculto que revoloteaba por la consulta y no pude localizar.

Reconozcámoslo, a los dos años y medio, no decir ni una sola palabra no es normal. Me negaba a admitirlo. Pero no nos adelantemos en la historia y vayamos pasito a pasito.

Hasta llegar a este instante en la consulta de la neuropediatra, mi mujer y yo pasamos a nuestro hijo por mil pruebas médicas. ¡Alguna de ellas debía darnos una respuesta! ¿Por qué nuestro Pitufito no hablaba y tenía esos impulsos tan extraños? Caminaba perfectamente y aprendió a comer solo, pero claro, se supone que son cosas que un niño de dos años debe saber hacer sin ningún problema. Aun con esos dos progresos, Aarón no tenía intención comunicativa. Es decir, no se comunicaba de ninguna manera. ¡Pero en ese punto los médicos estaban equivocados! Mi hijo sabía expresar lo que sentía, al menos cuando se trataba de comida. Le encantaba zampar, y eso es algo que no ha cambiado en la actualidad. Por contarte una anécdota divertida. No se me da mal cocinar, la verdad. No ganaré una estrella Michelin, eso es seguro, aunque me apaño bastante bien en la cocina. Sin embargo, admitiré que ese día la tortilla, por factores del destino, me salió de pena. La emplaté y la coloqué ante los ojos de mi hijo, que esperaba su cena con entusiasmo, sentado en su puesto del comedor. Pinchó un trozo, lo introdujo en su boca y, tras masticar con pocas ganas, me miró fijamente, sin pronunciar palabra. Cogió mi mano, la abrió, y depositó sobre la palma el trozo de huevo batido pasado por la sartén a medio masticar. Si algún día se convierte en crítico gastronómico y le hace eso a un chef, le hunde la vida.

Regresemos a la consulta.

¿Por qué no hablaba todavía? Pensé que, quizá, mi mujer y yo le estábamos dando demasiadas vueltas a la cabeza y simplemente era un niño algo tímido.

Sí, eso debía ser.

Sus oídos funcionaban bien, solo que él ignoraba nuestras palabras porque le daba la gana. Días antes de esto, le hicieron una prueba de audición con un aparato en la cabeza que nos costó horrores y batallas colocarle. Aunque era pequeño, solo tenía dos años largos, era fuerte como un vikingo levantándose con el pie izquierdo. Hizo falta la ayuda de dos auxiliares para sujetar el casco extraño en su cabeza mientras mi hijo se zarandeaba con violencia y chillaba a pleno pulmón.

Ponte en la piel de Aarón por un instante. Varias personas desconocidas con ropa blanca y tu padre te dicen palabras que no comprendes, y te obligan a tener puesta en tu cabeza una cosa extraña que te molesta. Lo único que deseas es quitártela, cómo sea, pero cuanto más lo intentas, más aprietan.

Suena horrible, ¿verdad?

Pero si esa experiencia te ha parecido dura, espera un momento, porque lo peor estaba por llegar. Un par de semanas después, le hicieron otra prueba. Esta vez, para comprobar su actividad neural, o de algo así se trataba. No soy médico, así que no me preguntes. Aarón tenía que estar dormido para que los resultados fueran los correctos. Le colocaron un gel pringoso en el pelo, similar a la gomina, y un casco lleno de cables que a mí me recordó al que le ponían a Alex en aquella mítica escena de La Naranja Mecánica. Tras una hora, otra vez, de forcejeo, lloros y gritos para que no se lo quitara, se calmó y se durmió gracias a unos vídeos que puse de Pocoyó en YouTube. Esta segunda vez, estuve a solas con él durante todo el proceso.

Pudieron hacerle las pruebas necesarias y los resultados fueron aceptables, pero la experiencia fue horrible para ambos y, de todo corazón, no se la recomiendo ni a mi peor enemigo.

Este día, tras un par de semanas, tendríamos el veredicto final.

Mi mujer era la pesimista y yo el típico que solo sabía decir: "Ya verás que todo está bien. Hacen estas pruebas para descartar posibles problemas, y nada más."

—Cielo, ¿qué te pasa? —pregunté a mi mujer—. Te lo digo en serio; debes calmarte. Él no es sordo ni nada de eso. Mira a tu hijo y lo comprobarás. —Chasqueé los dedos y Aarón, sin dejar de reír, giró los ojos hacia mí y, al segundo, volvió a perderse en busca de la mosca ninja—. ¿Lo ves? Me ha escuchado.

—Vamos a esperar a los resultados de la neuropediatra para ver qué nos dice del niño —sugirió mi mujer.

La puerta de la consulta se abrió y la neuropediatra entró con un característico uniforme blanco, unas grandes gafas, y cargando una carpeta amarilla rellena de papeles. Era joven, de unos veinte años, y muy educada. ¿Con cuántos años termina la carrera una neuropediatra? Parecía una niña y todavía olía a universidad. Apartó su silla y se colocó en su puesto, frente a su ordenador de la década pasada.

—Disculpad el retraso, pareja, estaba recogiendo vuestros resultados —nos explicó.

—Tranquila —dije—, no se preocupe.

—Tutéame si quieres —bromeó—. Todavía soy joven.

—Más que yo, seguro, que tengo casi cuarenta años.

Ambos reímos, pero mi mujer no pronunció ni una sola palabra ni expresó ningún sentimiento. Continuaba machacando sus pobres uñas a golpe de hincada dental.

—Te veo algo nerviosa, Vanessa —se fijó la neuropediatra—. ¿Quieres que te traigan algo para que te tranquilices?

—No hace falta, estoy bien —respondió mi mujer—. Es solo que me preocupa mi hijo.

—Te comprendo, y es normal. —La neuropediatra carraspeó y abrió la carpeta. Ojeó varios folios y frunció el ceño—. La buena noticia, chicos, es que los resultados de las pruebas que hemos realizado a Aarón son normales. Vuestro hijo no tiene problemas auditivos ni de actividad cerebral.

—Entonces, ¿quieres decir con ello que hay una noticia mala? —preguntó mi mujer.

A continuación, la dolorosa frase de la pediatra llegó a mis oídos como un martillazo de Super Mario sobre la cabeza de Donkey Kong, como una estaca clavada en el corazón de un vampiro, o como una jarra de agua helada mientras duermes. Lo último, aunque sea en broma, molesta mucho. No se lo hagas a nadie jamás, por favor. Y lo anterior, lo de la estaca en el corazón... Si tiene los colmillos demasiado grandes y lo ves bebiendo sangre humana de forma regular, puede.

—¿Sabéis qué es el autismo? —lanzó la doctora.

Rectifico lo que te dije al principio de la biografía. Las peores palabras que escuché en toda mi vida fueron cinco.

—¿Autis... qué?! —pregunté.

—Intuía que algo malo le pasaba a mi niño —susurró mi mujer para sí misma.

Hasta ese instante, la poca idea que tenía acerca del autismo había llegado a mi cabeza como ligeras gotas golpeando mi calva en un día con lluvia escasa.

—Un momento... ¡Mi hijo es autista, qué guay! —exclamé con alegría y con una estúpida expresión de entusiasmo—. ¡Eso significa que Aarón es un niño superdotado, ¿no?!

Mi mujer, con su pelo castaño, largo y ondulado, me miró con ojos húmedos y tristes. Posó su mano sobre mi hombro.

—Cariño, eso no es así —me indicó.

A mí me extrañó su tristeza. ¿Cómo podía ella estar a punto de llorar? ¿Aarón era más inteligente que la media!

—Por supuesto que sí lo es, teta —corregí—. ¡Mira a Sheldon Cooper, el protagonista de Big Bang Theory! Él es autista

y tiene un doctorado en física teórica. He visto a niños autistas que son maestros de ajedrez. ¡Incluso dicen que Messi, el jugador de fútbol, es autista!

No me gusta el fútbol. De niño sí, pero ahora...

—Para empezar, lo que tiene Sheldon Cooper es síndrome de Asperger —rectificó la doctora—. El trastorno del espectro autista es muy amplio, Marcos. Cada niño es muy distinto del otro y no hay dos iguales. Algunos, efectivamente, son superdotados y desarrollan altas capacidades, pero otros, por desgracia, ni siquiera adquieren la capacidad de hablar y dependen mucho de la ayuda de terceros para realizar sus tareas.

Hasta ese segundo, tenía arraigada en mi mente la idea de que mi hijo sería el primer hombre en visitar Próxima Centauri, nuestro sistema solar vecino, o sería el inventor del coche volador que aparece en la película "Regreso al Futuro". A día de hoy..., mi único deseo es que mi hijo sea, en la medida de lo posible, una persona independiente y feliz, y que yo sea un padre lo suficientemente capacitado para ayudarlo a avanzar, algo que no siempre logro.

En estos duros momentos, te das cuenta de que aquello a lo que dabas mucha importancia, quizá no la tuviera tanto después de todo. Conozco a varias parejas de padres que se obsesionan con darle una dieta perfecta a su hijo para que tenga una salud exagerada, pero no se dan cuenta de que, al crecer, comerá lo mismo que coman sus amigos para no ser rechazado por el grupo. Otros padres se vuelven locos con que aprenda inglés, cuando es probable que, pasados unos años, se ponga de moda el chino o el coreano. ¡A saber qué idioma será más importante en el futuro!

Desean vestirlo con la mejor ropa del momento, o comprarle los juguetes más educativos y caros de la tienda, aunque, paradójicamente, estén fabricados con cordones, cables y zapatos baratos vendidos en un mercado rural o recuperados de un basurero. Todo eso, ¿para qué? Tu hijo se conforma con

que saques lo mejor de ti y le regales un padre excelente. Anhelan transformarlo en un ser perfecto, como si fuera un muñeco al que exponer al público o un logro personal que no alcanzaron en su infancia, y un niño no es un trofeo. Creen que hacen algo bueno por su futuro, pero su futuro no se puede forjar y, queramos o no, lo decidirán ellos por su cuenta por mucho que se lo intentemos imponer. Por otra parte, conozco a personas que durante su infancia se dejaron llevar por las imposiciones erróneas de sus padres y ahora son dueños de un negocio infeliz, pero esa es otra biografía paralela que no tiene nada que ver con esta.

Me vas a tener que disculpar, he sido descortés y no me he presentado. ¿Eres hombre o mujer? Te llamaré de forma neutral a partir de ahora, ¿de acuerdo? Veamos. Qué te parece... *Acompañante*. ¡Ey, no suena nada mal! Al fin y al cabo, vas a recorrer esta historia a mi lado.

Pues ya tienes un nombre.

¡Ojo! Olvídate de "compañere" o "amigue", esta biografía no trata de política. Trata de mí, de un idiota cuyo ejemplo a seguir era Luke Skywalker y que un día se dio de bruces y sin frenos con algo desconocido. No soy un príncipe británico que renegó de su sangre real, ni una actriz atrapada en el pasado que adoptó al bebé de su hijo. Soy un hombre como cualquier otro, endeudado y del montón, y con un camino difícil, lleno de obstáculos, que desea ser escuchado y con el que, quizá, puedas aprender a ser una mejor persona. Apuesto todo el pelo que me queda en la cabeza, que no es mucho, a que conoces a un amigo, una hermana, un paciente, una clienta o un hijo que pasa o ha pasado por un momento similar a este, y espero, de todo corazón, que mi relato te sirva, no solo como entretenimiento ya que, al fin y al cabo y en parte, para eso sirve la literatura; espero que comprendas mejor su situación y seas la mano que le asista durante el duro recorrido que es la vida. Puede que tú mismo estés enfrentándote a un dolor

parecido y te sientas incomprendido y desamparado. Déjame mostrarte que no estás solo y que tus errores, muy probablemente, los he cometido también yo, así que aprendamos a avanzar juntos.

¿Existen historias más dolorosas que la que vas a escuchar a continuación? Por desgracia, sí. Pero esta es la mía.

Permíteme carraspear levemente y presentarme. Me llamo Marcos Domínguez Iniesta, nací un seis de mayo en Valencia, España, en el año mil novecientos ochenta y tres, y mientras escribo estas líneas, tengo cuarenta años. Y por si te lo estás preguntando... Sí, soy pariente lejano del futbolista que marcó el gol de la victoria contra Holanda en el Mundial de fútbol de Sudáfrica. Mis abuelos eran de Fuentealbilla, del mismo pueblo que el jugador, y según testimonios de mi madre, que ya le gustaría tener sus conocimientos a la Wikipedia, su tatarabuelo y mi bisabuelo eran hermanos, o eso creo recordar. Es decir, él y yo somos primos sextos o algo así. No te entusiasmes, *Acompañante*, porque aparte de la avanzada alopecia, no hemos coincidido en nada más. No tengo su talento para el fútbol ni me apasiona tanto, y tampoco su abultada cuenta corriente.

No pienses cosas raras con la palabra anterior a 'cuenta'.

Emoticono pícaro.

¿A qué me dedico? Pues, aparte de ganarme la vida trabajando igual que cualquiera durante ocho o nueve horas al día, llenándome la ropa de grasa y suciedad, soy escritor independiente.

Ahora te preguntarás: Si tengo un empleo a jornada completa, un hijo autista y una casa que mantener, ¿de dónde saco el tiempo para escribir mis novelas? ¡Gracias por interesarte, *Acompañante*! Eres muy amable. Es un tema que me preguntan mucho, ¿sabes?

Bueno... Para empezar, no fumo, y por ello habría que tener en cuenta que esos cinco minutitos del cigarrillo los empleo en escribir. Tampoco soy de ir al bar a tomar nada, no me gustan, y detestarlos me otorga otros minutos más durante el café de la mañana. ¿Y por la noche, antes de dormir? ¡Nada de jugar a la videoconsola todos los días! Con tres o cuatro horas de La Leyenda de Zelda tengo suficiente para toda la semana. El resto del tiempo, ¡a escribir! Por consiguiente, y teniendo en cuenta que una novela tiene entre sesenta mil o setenta mil palabras, si echamos cuentas...

¡Me voy por las ramas!

Me vas a tener que disculpar, porque es algo común en mí. Ya lo irás viendo.

Como te decía, me llamo Marcos y quizá me conozcas por mi seudónimo de autor, Marc Markusen. Utilizo un seudónimo porque Marcos Domínguez..., no sé a ti, pero a mí me suena a marca de cosméticos de lujo o de ropa elegante para gente pudiente. ¿De dónde vino el seudónimo? Un amigo mío, cada vez que me veía, me daba una palmada en la espalda y me gritaba...

—¡Marc Markusen!

Casi caía al suelo con cada palmada. Era un buen amigo, pero sus brazos eran grandes y mi espalda... Dejémoslo en "normalita".

—¿Quién narices es Marc Markusen? —pregunté.

—Un atleta rumano. Ganó muchas medallas en las olimpiadas.

—¿En qué disciplina?

—Atletismo, creo...

Según Google, esa persona no existe, pero de esa bobada surgió mi apodo.

Volviendo al quid de la cuestión y para que comprendas lo que supuso para mí la noticia del autismo de mi hijo, te contaré la poca o escasa relación que yo tenía con esa condición.

Empezaré por el principio de todo.

Cálmate, *Acompañante*. Puedes relajarte en el gran sofá de piel, la cama de agua, la nave espacial que está siendo atacada por extraterrestres, el bloque de piedra capaz de viajar en el tiempo o dondequiera que estés leyendo este libro, porque te prometo que no utilizaré el recurso narrativo de La Casa de Papel y no habrá un flashback cada cinco minutos para explicar y resolver la trama. Para tu tranquilidad, la de mi cerebro y la del inventario de Ibuprofeno que me queda en casa, iremos por orden cronológico.

2

AQUELLOS MARAVILLOSOS AÑOS OCHENTA

Para empezar, romperemos el espacio y el tiempo para retroceder hasta la esplendorosa e incomparable década de los años ochenta.

¡Ay! ¡Qué época más maravillosa, ¿verdad?! Sin duda, fue la mejor, al menos para los que la vivimos y sentimos en nuestras carnes. El aire era muy distinto al de la actualidad. Los videojuegos dieron un gran salto evolutivo con la llegada de Nintendo a los hogares de algunos niños. Hasta que no cumplí nueve años, no tuve la primera videoconsola que pude considerar mía, la inimitable NES de ocho bits. En realidad, no era inimitable. Había cientos y cientos de copias chinas a mitad de precio, ¡pero para mí era única! Me la regaló mi tía por mi comunión, fusionando ese regalo con el de mi cumpleaños por la proximidad de las fechas. Ese día, era tradición colocar los regalos en la cama para mostrárselos a los invitados que venían a casa para ver tu traje de marinero o, en mi caso, almirante. ¿Un marinero raso, yo? ¡Por favor!

Los parientes lejanos que no sabían qué regalar traían un estuche escolar. Treinta y cuatro estuches gané ese día. Mi padre me ordenó que, en caso de que me preguntaran cuál era mi regalo favorito, algo que fascinaba hacer a las parientes más ancianas por el simple hecho de fastidiar, respondiera que todos me gustaban por igual.

Desde aquí te digo una cosa, papá. ¿Cómo vas a comparar un estuche de colores Carioca frente a la gran Nintendo de ocho bits?

Al pasar unos pocos meses, salió a la venta la Super Nintendo, el doble de potente y por el mismo precio.

Yo y mi suerte.

Es sarcasmo.

Pero esto pasó en los noventa. En los ochenta, tenía un ordenador que se enchufaba directamente al televisor y cargaba los juegos con un casete, haciendo sonar un horrendo e insoportable ¡Pi, pi, pi!

No queda tan mal cuando lo lees.

Imagina que te pitan los oídos, pero a lo bestia, *Acompañante*, hasta dejarte casi sordo. Pues era algo así.

¿No sabes qué es un casete? No es nada importante, solo una cosa de viejos.

¿Para qué te cuento este tostón y qué relevancia tiene en la historia? Vamos a conectar cuando te hable de momentos muy importantes de mi vida y así, al menos, sabrás cómo soy. Tómalo como una conexión literaria y espiritual entre dos personas desconocidas.

¡Guau! Qué profundo y hermosamente bonito ha quedado, ¿no te parece?

Retomemos los años ochenta.

La animación japonesa también explotó en esta década en España con grandiosas series como Dr. Slump, Los Caballeros del Zodíaco y, por encima de todas, la incomparable Dragón

Ball. Los efectos especiales generados por ordenador emergían en el cine, las *sitcoms* de familias afroamericanas dominaban la televisión a la hora de la comida, y La Ruta del Bakalao hizo estragos en toda una generación por el consumo sin control de algo que no se puede mencionar en esta biografía. ¿O los efectos por ordenador y las *sitcoms* fueron más bien de los años noventa? Consultaré estos datos en Google antes de llegar a esa década.

Por aquel entonces, yo tenía alrededor de cinco años. Aparte de sentirme orgulloso por, de una vez por todas, dominar mi vejiga y ser capaz de no hacerme pipí en la cama, empecé a ser consciente de mi propia existencia y pude almacenar recuerdos, y entre esos flashbacks todavía perdura en mi cabeza un niño bastante curioso.

Yo iba, como marcaba el protocolo social, a preescolar. ¡Pero ya tenía grandes aspiraciones para el futuro! Aunque pronto fueron frustradas por mi madre al explicarme que no podía ser piloto del Halcón Milenario porque ya era propiedad de Han Solo y, además, él no vivía por la zona. Cambié mis aspiraciones y decidí ser un arqueólogo aventurero famoso como Indiana Jones. Así que ¡a cumplir con mi deber y aprender mucho para buscar libremente tesoros en el futuro!

Qué bonita es la ignorancia de un niño, ¿estás de acuerdo?

Tenía un compañero que recuerdo bien. El chico llevaba puesto un parche en un ojo, de esos que se ponían para el “ojo vago”. Su pelo era largo, oscuro, grasiento y despeinado, y siempre tenía la mirada perdida. A pesar de tener mi edad, todavía iba a la guardería junto a los pequeños de tres años con los que compartíamos centro. Si lo comparábamos con sus compañeros, el chico resaltaba como un titán gigante, corriendo y saltando sin control.

A mis compañeros y a mí nos enseñaban lo básico para adaptarnos a la sociedad; a leer, a escribir un poco, a dibujar árboles hechos con dos palos largos y muchas espirales, o a

pintar pájaros haciendo una uve gigante, plagando todo a posteriori de pegatinas cuadradas de diversos colores. Dichas actividades eran muy productivas y esenciales para nuestro futuro. Después, estaban las casas, algo más complejas y elaboradas, pero que todos los niños hacíamos exactamente igual. Constaban de dos ventanas con una cruz en el centro, separando el cristal en cuatro partes, y un tejado forjado con un triángulo colosal. No recuerdo que en mi barrio hubiera una ventana o un tejado con esa forma tan bizarra. ¿Cómo llegó a la cabeza de mis compañeros y la mía ese tipo de vivienda? ¿De los dibujos animados? Es posible. El caso es que a él no le enseñaban lo mismo que a nosotros, ni siquiera el mítico y legendario “Mi mamá me mima”, o la canción ganadora de un disco de platino, “Hola, don Pepito. Hola, don José”. No. A él lo dejaban ir a su aire.

Algo en mí se fijó en ese niño. Yo no comprendía por qué, con lo que destacaba su masa corporal comparándola con la de los demás de su clase, él no jugaba en nuestro recreo con nosotros y lo hacía tras la valla con los demás alumnos más pequeños. Llamaba mi atención continuamente al diferenciarse de sus compañeros, por ello lo sigo recordando todavía.

¿Por qué no venía a nuestra clase o jugaba con nosotros? Le formulaba esta pregunta a mis compañeros, sin embargo, ellos no tenían una clara respuesta para esa cuestión. Estaban distraídos con tareas tan importantes y necesarias para el proceso madurativo como comerse los mocos, chupar arena, aprender a escupir o tirar de las coletas de las niñas. Un día, me envaílé, me ajusté la batita blanca con líneas azules y mi nombre bordado, y le pregunté acerca del asunto a una de las profesoras.

—Zeño... —saludé, muy intrigado—, ¿quién e eze niño y por qué no huega con nozotro?

Yo no ceceaba, ¿vale? Lo escribo así para darle un toque más infantil a la narración. No te rías, por favor; cecear no es gracioso.

—¿Cuál? ¿Ese grandote que está ahí, jugando con los pequeños? —señaló la *zeño* al chico del parche en el ojo—. Es que... ese niño no está bien. No sabe jugar a vuestros juegos y tampoco habla todavía.

Ese niño no está bien...

Es un niño un poco raro...

Es una persona diferente...

No te acerques nunca a él...

No le gustan las personas...

Cuando eres tan pequeño y escuchas esas palabras, tu cerebro absorbe esa información como una esponja y automáticamente, sin ninguna mala intención, relacionas a una persona discapacitada con ese “no está bien”. Por suerte, parece que los tiempos cambian, o eso se suele decir.

¡Ay, los ochenta! Con sus maravillosos televisores con solo dos canales, al menos, a principios de la década, y sus casetes de música copiados sin piedad. Todavía recuerdo la mezcla del olor a sobaco de crianza y tabaco concentrado que impregnaba los asientos de piel de los trenes, a laca barata intoxicando a los invitados en las bodas, y a puro de jubilado mezclado con litros de lejía en los bares. También recuerdo que solo había un tipo de niño discapacitado o, por lo menos, eso era lo que nos enseñaba la sociedad: El subnormal.

Suena fatal, ¿a que sí? Por suerte, esa definición ha quedado, por motivos más que obvios, obsoleta. Pero si viajáramos en el tiempo, esa definición sería la forma coloquial de indicar que alguien tenía síndrome de Down, incluso se les denominaba de este modo por televisión, y no estoy bromeando. Después estaban los llamados “niños tontos” o “retrasados”. No diré más definiciones; las puedes intuir.

¿Que un niño no quiere estudiar? Pues déjalo en paz, es algo tonto y un negado en los estudios. En unos años, a “currar” con su padre en la carpintería o en el taller.

¿Que un niño no deja de moverse? Eso es porque ha salido igual que el idiota de su padre; es nervio puro y un culo inquieto.

Escuché esta definición en boca de muchas madres, y no estaban precisamente separadas. Qué curioso, ¿verdad?

¿Que el niño es bueno en los estudios, pero extremadamente tímido en clase? No os preocupéis, es que él siempre ha sido muy suyo.

Y así, excusa tras excusa, los padres etiquetaban a sus hijos como lo decidía el sistema establecido en vez de hablar con ellos o intentar comprender si existía algún tipo de problema que requería su atención.

En el centro escolar pasaron los días, y en uno de esos, no recuerdo cuál, porque bastante hago con recordar lo que pasó teniendo en cuenta que sucedió hace más de... ¿Cuándo estás leyendo esto, *Acompañante*? Resta mil novecientos ochenta y ocho al año en el que estás.

Continúo.

Uno de esos días, se acercó a mí el niño del parche en el ojo. Personalmente, me alucinaba y quería ponerme uno igual porque le hacía parecer un temible pirata. Creo que ese día el centro escolar celebraba algún tipo de fiesta, o algo así, porque mezclaron a los niños de todas las clases y edades. El pequeño pirata se acercó a mí y me miró fijamente, inexpresivo.

—¡Hola, niño! ¿Cómo te llamas? —saludé moviendo mucho la mano, y él no contestó. Seguía mirándome sin parpadear—. Me ha chivado la profesora que no sabes hablar. ¿Eso es cierto? —Nada, no contestó. Yo era demasiado pequeño para intuir que si este niño no hablaba, no podría responder a mi pregunta, por eso insistí para comprobar si mi nuevo

amigo era capaz de decirme algo—. Me gusta tu parche. Es muy *molongui*.

Expresiones de los años ochenta, ya sabes.

Él no dijo nada ni reaccionó, solo me miró. Nunca escuché la voz de ese pequeño, aunque sí sus gritos y gruñidos. Mi joven mente se negaba a creer que el pequeño pirata no supiera hablar, y llegué a pensar que simplemente era excesivamente tímido y nos estaba tomando el pelo a todos para librarse de hacer los deberes y poder jugar durante todo el día.

Yo sostenía una pelota con mis manos y se la pasé. Él, sin expresión alguna, ni buena ni mala, la cogió. Miró la pelota y después, con la boca ligeramente abierta, me miró a mí. Con paso lento, se marchó.

No volví a saber nada más de él.

Hoy en día, tras las actuales experiencias con mi hijo, recordé al pequeño del parche y comprendí que el trastorno que padecía era autismo no verbal.

¿Qué es un autista no verbal? Por alguna misteriosa razón que la ciencia todavía desconoce, algunos niños autistas nunca llegan a desarrollar la capacidad de comunicarse hablando. Varios lo logran en algún momento tras mucho esfuerzo y práctica, y otros, a pesar de las tareas diarias, las sucesivas repeticiones y el esfuerzo de padres y terapeutas..., nunca regalan su voz más allá de gritos y llantos.

¿Te haces una idea de lo duro que es soñar con tu hijo hablando contigo, despertar tras ese hermoso viaje, y regresar a la muda realidad? A mí me ha pasado, más de una vez, y desearía no despertar de ese sueño. En ciertas ocasiones, al ir a dormir, me siento como Alicia entrando en el país de las maravillas, un mundo fantástico en el cual puedo conversar con mi pequeño, contarle cuentos, enseñarle y aprender cosas nuevas de él.

Como padre, asumir que jamás escucharás a tu hijo llamándote “papá” o diciendo que te quiere, es un proceso que necesita tiempo y, en ocasiones, hasta tratamiento psicológico. Añade ver a tu pareja deseando lo mismo y sufriendo la frustración por no saber qué hacer, y te garantizo que verás el mundo desde otro punto de vista. Créeme cuando te digo que le permitirías a tu pequeño gritarte un insulto o una palabrota enfadado con tal de poder escuchar su dulce voz.

¿Dieta sana, aprender idiomas, sacar notas perfectas en la escuela? ¿Para qué sirve todo eso? La vida llega, avanza y terminará igual para todos, y dentro de cien años nadie nos recordará, así que no pensemos tanto en impresionar a los demás y, por el contrario, pensemos en hacer felices a los que nos acompañan en este camino llamado existencia.

Cuando recordé al pequeño pirata, no pude evitar compararlo con mi hijo. Llegué a pensar que, del mismo modo que yo contemplé con ojos extraños a mi compañero del centro escolar, a la sociedad quizá le pasaría lo mismo con mi hijo, ese pequeño que no hablaba y se comportaba de una manera extraña y diferente.

¿Qué fue del niño del parche? Como dije, no volví a saber nada más de él. El centro escolar era del barrio y viví allí con mis padres hasta independizarme con mi actual pareja. Puede que me lo cruzara alguna vez y no lo reconociera. ¿Lo tratarían siendo mayor? ¿Mejóro y finalmente aprendió a hablar? Desde lo más profundo de mi alma, empatico con sus padres y espero que sí.

3

AÑOS NOVENTA

Avancemos juntos un poco en el tiempo hasta los años noventa. Las olimpiadas de Barcelona en mil novecientos noventa y dos asentaron a España en el espíritu europeo, las nocheviejas con Martes y Trece nos atrapaban y hacían reír frente a la pantalla mientras nuestras abuelas preparaban la cena, los canales de televisión privados brotaban como palomitas de maíz, y el disco compacto mandó el casete a freír espárragos. ¡Y cómo nos gustaban las series de estudiantes adolescentes americanos, ¿verdad?! Salvados por la Campana..., y en realidad ya está, porque no recuerdo ninguna más. Y tras buscar en Google, resulta que sí; las *sitcoms* de familias afroamericanas eran más de esta década. En ellas, siempre destacaba un joven chiflado, llámalo Will Smith, Steve Urkel o Carlton Banks, que aportaba la chispa cómica.

A finales de esta década, llegó a los hogares algo que cambiaría el mundo para siempre: "Internet". Al principio, solo se utilizaba para ligar en los chats y descargar películas y videojuegos gratis en masa.

La piratería actual es un chiste comparada con la de antaño.

Los efectos especiales generados por ordenador y los videojuegos en tres dimensiones ocuparon su puesto, y la música todavía era buena. La guerra de Sega contra Nintendo estaba llegando a su fin, y yo seguía rascando el aprobado en la EGB para no pasar a la ESO. Soy del año que se libró de la mili por los pelos, aunque después me alisté en el ejército durante dos años porque me quedé con la espinita de vivir la experiencia, pero eso no tiene nada que ver con el relato de mi hijo y este no es el momento adecuado para hablar de ello.

Para llegar hasta mi colegio, tenía que caminar un kilómetro y pasar por una calle empinada cada día, cuatro veces. ¿Ir en coche? En mis tiempos, eso no lo hacía nadie, o casi, así que tocaba caminata con una mochila de ochenta kilos cargada a la espalda. Vale, quizá no pesaba tanto, pero ¿recuerdas cuando tu abuelo te decía que eras un blando y que cuando él tenía tu misma edad trabajó cargando sacos de cien kilos?

¡Alerta de espóiler!

Tu abuelo echó un farol.

Recuerdo, como si fuera ayer, un edificio frente al cual pasaba cada día y todavía existe, aunque, por lo que parece, debe llevar muchos años abandonado. Mantiene su nombre y se llama, porque tiene el cartel colocado sobre la entrada, El Club del Minusválido, y está en Torrent. ¿O era El Hogar del Minusválido? En Google aparece si lo buscas, pero no te preocupes demasiado por su nombre, porque no es relevante. El caso es que, en contadas ocasiones, veía salir de ese lugar a varias personas curiosas. Algunos necesitaban una silla de ruedas para desplazarse, y otros, incluso, eran incapaces de hacer girar la rueda con sus propias manos debido a una parálisis en los brazos y necesitaban la ayuda de otra persona para poder moverse. Otros babeaban con la mirada perdida o caminaban con torpeza. Yo tenía, si la memoria no me falla, unos nueve o

diez años. En vez de preguntar a un adulto por qué esas personas eran así o qué les había sucedido, me limitaba a reírme de ellos con las imitaciones grotescas y burlonas que hacían mis compañeros.

No seré extremadamente duro conmigo mismo porque no era más que un niño idiota y, como es comprensible, para mí no eran más que personas extrañas y... diferentes. No comprendía lo que veían mis ojos; solo pensaba en llegar a casa, jugar a la videoconsola durante horas, devorar un bocadillo cargado de Nocilla, ver varios capítulos de Dragón Ball Z e ingerir azúcar en cantidades industriales.

Ríete tú en los noventa del gluten y la diabetes.

En mis tiempos, si algún valiente hubiese dicho en el recreo que era vegano... Prefiero no entrar en detalles, pero te garantizo que lo habría pasado horriblemente mal.

Tengo clara una cosa. Si alguna vez viajo al pasado, me daré una bofetada a mí mismo.

¿Cómo sería la conversación conmigo mismo si algún día ese viaje temporal se llegase a producir? Me parece que sucedería algo similar a esto...

Atravieso un túnel espacio-tiempo y, tras cegarme con una intensa luz, llego a mi vieja habitación. ¿En qué año he aterrizado? Espero no haber aparecido en plena pubertad, porque podría ser embarazoso para ambos Marcos. Tú ya me entiendes, *Acompañante*.

Inspecciono la decoración para identificar mi fecha de entrada. En una estantería hay un par de muñecos de Los Caballeros del Zodiaco y, entre ellos, Donatello de Las Tortugas Ninja sostiene un lápiz porque perdí su palo y lo reemplacé de una forma muy ingeniosa. En un lateral, varios cromos del Valencia Club de Fútbol están pegados sobre la madera de dicho mueble, destacando Francisco Camarasa y Mendieta.

Antes dije que de niño sí me gustaba el fútbol.

Con estos detalles ya he reunido la información suficiente para saber que estoy en el año mil novecientos noventa y dos, y tengo nueve años.

¿Dónde estará mi otro yo? Dirijo la mirada hacia el suelo y un chaval con cara de tonto me mira, estupefacto, sosteniendo un Playmobil albañil en una mano y a HeMan con su espada de Grayskull en la otra.

Un duelo un poco desigual, en mi humilde opinión.

Vamos a bautizar a mi “yo” del pasado como Marquitos, para diferenciamos.

—Tú eres... ¿Dios? —me pregunta Marquitos—. ¡Vale, lo admitiré, tomé la comunión por los regalos! ¡No quiero ir al infierno!

—No soy Dios, y no te asustes —explico—. Soy tú, y vengo del futuro. Del año dos mil veintitrés, más concretamente.

—¡Guau! ¿Vienes del futuro? ¿Eres un Terminator o algo así y vienes a advertirme de un apocalipsis nuclear? ¡Mola *cantidubi!*

Expresiones de los noventa.

—No exactamente. A ver cómo te lo explico para que lo entiendas... Soy tú mismo, pero del año dos mil veintitrés.

Marquitos pone cara de asco al comprenderme.

—Pues estaré bastante hecho polvo, por lo que parece —opina.

—No te preocupes, tus amigos estarán mucho peor que tú. Dentro de los estándares, no estarás tan mal.

—¡Oh, genial! Entonces, ¿vienes a advertirme sobre algo que ocurrirá en el futuro o para qué?

—En efecto, vengo a advertirte, pero no sobre el futuro —explico a Marquitos, y tras la advertencia, me doy una bofetada a mí mismo de tiempos pasados—. ¡Aprende a ser más respetuoso con las personas discapacitadas! ¡Son iguales o mejores que tú!

Mi antiguo yo tapa su mejilla con su mano por el dolor.

—¡Ey, ¿has perdido el juicio?! ¡Esto es maltrato infantil!
—se queja.

—En realidad, no estoy cometiendo ningún delito, porque me estoy agrediendo a mí mismo.

—Oh, pues tienes razón —admite Marquitos—. Vale, siento haberme burlado de esas personas, pero los que más lo hacían eran los abusones del colegio.

—Lo sé, lo recuerdo porque soy tú, pero debes aprender esta lección para prepararte cuando llegue el futuro.

—¿Necesito prepararme para el futuro? Me estás asustando.

—Tranquilo, ya lo sabrás a su debido tiempo. Y ahora, tengo que volver a mi época.

—¡Espera un momento! Ya que estás aquí, ¿podrías decirme cómo será el año dos mil veintitrés?

—Pues..., si te soy sincero, bastante decepcionante. La música será repetitiva, horrible y con una letra fácil, los coches no volarán, y olvídate de viajar al espacio y de tener un androide de protocolo mayordomo. Lo único guay serán las gafas virtuales, que sí existirán.

—Pues vaya chasco... Al menos, veo que las gorras seguirán estando de moda.

—No. La gorra la llevo por algo llamado alopecia que tendrás a partir de los treinta y pocos años.

—¿Qué es la alopecia?

—Nada, Marquitos. No quiero traumatizarte. ¡Oh! Se me olvidaba un dato importante. ¡España ganará el mundial en el año dos mil diez, en Sudáfrica, y jugará la final contra Holanda! Ahorra mucho dinero y apuesta todo lo que tengas en ese partido.

—¿Dices que España ganará un mundial de fútbol?! —exclama, incrédulo—. ¡Tú no eres mi “yo” del futuro! ¡Márchate de aquí, farsante, mentiroso, o llamaré a la policía!

Menos mal que no existen las máquinas del tiempo, al menos, por ahora.

De vuelta a EGB; yo era un niño curioso y no podía evitar recordar a esas personas que salían del Hogar del Minusválido y sus caras extrañas.

Iba a un colegio religioso. No porque mis padres lo fueran, ni mucho menos. Bueno..., mi madre sí lo es, un poco, pero no fui a ese colegio por ese motivo. Por residencia me tocaba la plaza en uno, por explicarlo con delicadeza, algo conflictivo, así que mis padres buscaron uno concertado y con mejores referencias y me vuelvo a ir por las ramas. Con apenas diez años, durante una clase, le hice una pregunta a mi profesor de religión. Ya con esa edad dudaba de ciertas lecciones, pero, al igual que este no es un libro de política, tampoco lo es de religión, así que no expresaré mi opinión respecto a ciertos temas. La fe de cada uno es una elección íntima y totalmente respetable.

—Padre —le dije, porque era cura y es lo que se les suele decir—, cuando subo hacia el colegio con mi madre cada día, paso frente a un edificio extraño. Me pregunto, ¿qué es El Hogar del Minusválido?

—Verás, hijo mío. Algunas personas son diferentes a los demás, pero lo importante es que Dios nos ama a todos por igual y estoy seguro de que tiene un plan para ellos que solo nuestro señor es capaz de comprender.

—No era eso lo que quería saber, ni la respuesta tiene sentido con la pregunta formulada. Pero usted a su bola, padre —pensé.

¿Diferentes? A mi parecer, en aquellos tiempos prehistóricos, sí que eran algo distintos a mí. No tardé en relacionarlos

con el niño del parche del centro escolar al ver en ellos esas caras extrañas, inexpresivas y, en algunos, esa forma de hablar confusa y trabada.

Minusválido debe proceder de las palabras en latín “*minus*”, que significa “menos”, y “válido”, que proviene de “*valere*” y significa “ser fuerte”.

Lo he buscado en la Wikipedia, no soy tan culto.

Quiere decir que el estigma social califica a estas personas como poco preparadas y que, a diferencia de los demás, no se valen por sí mismas o son más débiles. Pero si lo analizas a fondo, todos somos un poco minusválidos, después de todo.

Imaginemos este contexto. Me llevan a una oficina, me dan un papel y un bolígrafo, y me piden que calcule la órbita de Saturno basándome en la inflación gravitatoria de superfluidad adyacente.

Me lo acabo de inventar.

Tras sufrir una fuerte embolia haciendo cálculos complejos sobre los que tengo cero conocimiento, dejaré el folio en blanco. ¿Significa eso que soy minusválido para hacer cálculos que desconozco?

Lo explicaré de una manera más simplificada.

Imaginemos que tras una noche loca, despierto en China, sin móvil ni nada parecido, y me tengo que comunicar con un nativo. ¿Me consideraría minusválido al no poder comunicarme y limitarme a decir palabras inventadas como “pinching” o “shengfong” con la esperanza de que alguna de ellas signifique algo y me presten ayuda? Lo más probable es que diría alguna palabrota sin querer y me darían una terrible paliza con patadas giratorias incluidas.

Los días pasan despacio cuando eres un crío. Vives muchas experiencias en un plazo de tiempo muy corto porque todo te parece nuevo e intenso. Una de esas experiencias la recuerdo muy bien, pero con ciertos vacíos, como si fuera un puzzle sin

terminar. Yo estaba en quinto o sexto de EGB y tendría unos once o doce años. Había tres clases por curso para dar plaza a todos los alumnos. Estaba el "A", después el "B", y por último el "C". Después de todo, el sistema era lógico. No iban a nombrarlas "A", "Dos" y "Exploradores". Nos pusieron por orden alfabético, así que yo terminé en el "A" por mi apellido. Al "C" lo veíamos como ese lugar misterioso y siniestro, lleno de niños raros, pero con la mayoría de los niños del "B" nos llevábamos bastante bien y jugábamos al fútbol con ellos en algunas ocasiones. Éramos como una especie de diminuta OTAN contra el "C". Recuerdo a un chico del "B". Se llamaba...

Me vas a tener que disculpar, porque no recuerdo su nombre. En realidad, no recuerdo ni a la mitad de los compañeros de mi propia clase. La escuela no fue para mí un camino de rosas, y para acordarse de todos los nombres se necesita tener dos cosas, memoria y ganas, y de lo segundo me queda bastante poco.

Sí, soy muy rencoroso, pero creo que si haces una cena de antiguos alumnos y a ella acude un abusón que te hizo la vida imposible durante el colegio y ahora está, supuestamente, arrepentido de todo porque, y lo entiendo, no éramos más que niños pequeños e ignorantes, no está de más pedir una humilde disculpa.

El chico se llamaba...

Vamos a ponerle de nombre Enrique, por ejemplo. No sé por qué, pero su cara sí la recuerdo y me viene a la mente ese nombre.

Enrique era muy bajito, aun siendo un preadolescente. Tenía el cabello similar al de Bart Simpson, de punta y corto, y llevaba puestas unas gafas enormes que continuamente se le caían, quedando colgadas de su cuello por un cordel que las sujetaba. Él se acercaba a todos los chicos del patio y nosotros

le ignorábamos. Yo pensaba que bastante duro era para mi grupo de amigos tener fama de ser unos raritos, como para, además, adoptar a uno que todos ignoraban y alimentar aún más nuestra leyenda.

¿Comprendes ahora por qué le daría una bofetada a mi “yo” del pasado, *Acompañante*?

Así que, simple y llanamente, el pobre chico se quedaba solo en un rincón, comiendo su bocadillo si tenía la suerte de que no se lo robaban los abusones. Algunos días afortunados lo llamaban para unirse a todos cuando faltaba un jugador en un partido de fútbol entre las clases y, gracias a la sonrisa de la diosa fortuna, podía jugar con los demás, aunque fuera como carne de cañón.

Radio Macuto funcionaba de maravilla en aquellos tiempos sin la necesidad de nada similar a Internet. Si eres joven, sé lo que estarás pensando con tus manos echadas sobre tu cabeza, incrédulo. Sí, vivíamos sin la existencia de Internet o nada parecido, sin servicios de streaming como Netflix, y sin teléfonos móviles pegados a nuestras manos. Y, ¿sabes qué? Éramos tremendamente felices.

Si un compañero faltaba a clase durante varios días seguidos, el rumor se disparaba en poco tiempo y se expandía como un virus. Un vecino le contó lo ocurrido al padre de un alumno, dicho padre del alumno se lo contó a otro padre frente a su hijo, y su hijo lo escuchó y lo distribuyó. El suceso llegó a mis oídos igual que al de todos, mediante el canal tradicional: el boca a boca.

Yo estaba, como cada día, sentado junto a mi compañero y dibujando unas gafas y un bigote sobre Cristóbal Colón en el libro de Sociedad, que era como se llamaba antes al libro de Historia en la EGB. Mi compañero, por el contrario, decidió diseñarle una falda ajustada a un rey francés.

El cuchicheo preocupado de los adultos llamó mi atención.

—¿De qué hablan los *profes*? —pregunté al compañero sentado a mi lado, que abandonó su carrera de diseñador y productivamente perforaba una goma con un lápiz.

—¿Todavía no te has enterado? Madre mía, tronco. ¡Estás *empanao!* —se burló con una jerga muy de los años noventa. Yo siempre he sido muy despistado, no lo negaré nunca. Azúcar, videojuegos... Ya sabes—. ¡Samuel, el chaval del “B” que tiene la Sega Megadrive, vio todo lo que pasó frente a sus propias narices!

—Pero, ¿de qué hablas? —Yo seguía sin entender nada—. ¿Qué fue lo que vio?

—Pues resulta que Enrique, ese niño que no habla con nadie —y nadie hablaba con él—, vive al lado de La Clip.

La Clip era la papelería, quiosco y librería, todo en uno, que todo colegio tiene cerca y está regentada por una señora que ronda entre los ochenta años y la muerte, o por la hija de esa señora al heredar el negocio tras la muerte de su madre.

—¿Y qué tiene que ver Samuel con La Clip? —pregunté.

—Samuel salió de comprar unos chicles de fresa ácida y unos cromos de Son Goku cuando, de repente...

El joven Enrique acudía cada mañana con tristeza al colegio, algo que lo convertía en una presa fácil de collejas y bur-las. Por ello, una mañana subió a la terraza de su finca, pared con La Clip y, envuelto en pesar, dejó volar sus sueños y espe-ranzas para el futuro, apoyó sus diminutos pies y manitas en la repisa, tomó impulso y... se marchó para siempre hacia un lugar donde sería el capitán del equipo de su clase, marcaría muchos goles, y sus compañeros le ofrecerían su almuerzo como regalo por ser el niño más popular del colegio.

Así ocurrió.

Esta historia llegó a mí con apenas doce años o menos. Imagínate.

Yo no había perdido a ningún pariente todavía, por ello, esa fue la primera vez en mi vida que medité seriamente sobre el concepto de la muerte como parte natural e inevitable de la propia realidad. Durante varios días, miraba al rincón vacío del patio y recordaba al pequeño Enrique. Ese chico siempre estaba allí sentado, y ahora ya no. Yo era consciente de mi propia existencia, de mis pensamientos y de lo que me rodeaba. ¿Cómo podía desaparecer todo eso de repente? Mi pequeña mente no era capaz de comprender esa posible y cruda realidad.

Me planteé una incógnita. ¿De quién fue la culpa de lo sucedido? ¿De los profesores? Claramente, porque sabían lo que estaba pasando y no tomaron medidas. O quizá, ¿la responsabilidad debería recaer en los abusones? ¡Sí, ellos eran los culpables! Tras darle muchas vueltas y con el pasar de los años, llegué a la conclusión de quién fue el auténtico responsable. Fui yo. Le di más importancia a la opinión popular que a la mía propia. También fuiste tú. Seguro que en tu escuela o barrio había un Enrique, sentado en un rincón, al que ignorabas. La culpa fue y será de todos, porque en algún momento de nuestra vida pudimos echar un cable para evitar que cosas así sucedieran, pero optamos por no hacer nada y cruzarnos de brazos. Todos podemos aportar nuestro granito de arena y estar atentos ante las señales de alarma para que cosas así no vuelvan a suceder jamás.

Tras el diagnóstico de mi hijo, Enrique volvió a mis recuerdos y brotaron en mí algunas dudas y temores. ¿Le ocurrirá lo mismo a mi pequeño? ¿Se burlarán de él por ser diferente o por no hablar con nadie? Hoy tengo clara una cosa. La inclusión es necesaria, y gracias a ella la sociedad actual comprende mejor el autismo y está más familiarizada con las personas especiales. Sin embargo, he aprendido que algunos sujetos

nunca cambiarán por mucho que te esfuerces o les muestres la realidad de ese mundo.

Permíteme un inciso personal, *Acompañante*. Hacer charlas, reuniones y días de concienciación está muy bien y es incluso necesario, pero con cierto tipo de personas, esas actividades raramente funcionan, sinceramente. Incluso se las toman a broma, y lo he vivido. ¿Qué se debería hacer con ellos? Corto aquí, porque no está en mi mano responder a esa pregunta. Solo pretendo hacerte entender que existen ciertas personas que jamás entrarán en razón, sin importar lo que hagas o les digas. Lo mejor es alejarlos de tu lado como las avispas.

Es mi opinión, nada más.

Continuaron pasando los años y en mi familia no había nadie discapacitado. Ni siquiera un pariente en silla de ruedas. Los ancianos, como es natural, tenían enfermedades como el Alzheimer, pero nada fuera de lo ordinario.

Llegué a la pubertad y al correspondiente mal humor continuo con el clásico: ¡Es que nadie me comprende, jolín! ¡Este mundo no está hecho para mí!

También se sucedían las visitas a los colegas día sí, día también, pasando las horas muertas enganchados a la videoconsola, aunque también jugábamos al fútbol en la calle de vez en cuando. Comía fuera de control debido al aumento de testosterona, me miraba en el espejo y alucinaba con esos músculos que empezaron a notarse también por el aumento de testosterona, y pensaba en chicas por encima de todo debido a ciertos impulsos que se activaban por, otra vez, culpa de lo mismo. ¡Ah, y apareció el acné! Aunque yo no lo tuve, gracias a Dios, más allá de algún que otro grano rebelde. A todo este caos hormonal, súmale una de las épocas más confusas y desconcertantes en la vida de todo ser humano...

Acompañante, busca una introducción musical dramática en YouTube antes de seguir leyendo esta parte. ¿La tienes? Pues dale al botón de reproducir.

Suma una de las épocas más confusas y desconcertantes en la vida de todo ser humano: ¡El temible instituto!

En mis tiempos existía BUP, COU, y no sé qué más. Yo, para no perder a mis amigos, los seguí como un idiota hasta la FP, formación profesional. Fue un gran error, la verdad, porque pasaba las horas de estudio con ellos en los recreativos gastando mi tiempo y mi dinero en el Street Fighter. Pero durante la adolescencia es normal cometer cagada tras cagada.

En fin, resumiendo.

Recuerdo a un compañero que se llamaba David. Era muy alto, debía medir más de dos metros, y le costaba caminar debido a su gran tamaño. Doblaba las rodillas hacia dentro con cada paso que daba. Apenas se relacionaba con los demás y se distraía mucho cuando hablabas con él. No se levantaba de su silla y prestaba mucha atención, pero, aun así, le costaba sudor y sangre progresar en clase. Era... muy buen chico, pero un instituto es como una cárcel hormonada, y un adolescente con ganas de impresionar a una chica, como un chimpancé en celo golpeando su pecho con sus puños, puede convertirse en el más horrible de los monstruos, y por lo visto en mi instituto los regalaban, porque estaba lleno de idiotas.

Es algo que sigue pasando y pasará por siempre. Cuando llegamos a la pubertad, nuestro instinto de troglodita despierta y sentimos la necesidad de ser los jefes de nuestra tribu, que con el pasar de los siglos se ha convertido en nuestra pandilla de amigos, nuestra comunidad de vecinos, nuestra empresa e, incluso, nuestro país.

Un compañero mío, que también lo fue durante la etapa escolar, le hizo la vida imposible al pobre David. Le pegaba continuamente y se burlaba de su aspecto y de su torpe forma de

caminar para que todos se rieran de él. Los demás chimpancés le daban coba golpeando su propio pecho con sus puños y dando saltos mientras gritaban, intentando cortejar a las hembras de la clase, llamando su atención con los horribles sonidos que emitían. Yo no era como ellos; te doy mi palabra. Me horrorizaba ver aquello porque, como ya dije, el colegio tampoco fue fácil para mí y empaticé mucho con él. Pero tampoco me interpuse para evitarlo; ningún compañero lo hizo. Nadie plantó cara a ese enano abusón que medía menos de un metro y, literalmente, escalaba por el torso de David para darle una bofetada y divertir al resto de la fauna.

Nosotros éramos unos críos, pero ¿y los profesores? Ellos tenían la autoridad suficiente como para tomar medidas y detener al enano abusón. ¿Hicieron algo para evitarlo? Franca-mente, ¿debo responder a esa pregunta tan obvia? No. No hicieron nada. Se excusaban con frases como: “No hemos visto nada, así que no podemos hacer nada.”, o: “No podemos expulsar a un alumno sin pruebas.” A mí, más bien me sonaba a: “¡Uf! Qué pereza me da rellenar el papeleo y aguantar la chapa de los padres del abusón quejándose de que su hijo no es así..., él no hace esas cosas... Paso de este asunto.”

Un día, estábamos dando una clase de historia acerca del Imperio romano, y David levantó su mano y preguntó: ¿Existe Roma en la actualidad?

Esa pregunta, en un principio, y a una persona racional como tú, le podría parecer curiosa, e incluso divertida. Si te la hicieran con tu madurez, *Acompañante*, estoy seguro de que soltarías una risita y lo dejarías pasar, pero esa inocente pregunta fue la sentencia de muerte del pobre David durante el resto del instituto.

¿En serio un adolescente podía preguntar algo así? Siendo ya adulto y calvo, me di cuenta de dónde estaba el problema

y era que David tenía algún tipo de autismo, en mayor o menor medida.

Tras hacer esa pregunta, todo empeoró para él.

—¿*Froma efiste en la aftualidad?*— se burlaban unos cenutrios de la torpe forma de hablar de David.

Los llamo cenutrios por no llamarles algo mucho peor. No puedo hacerlo porque este libro debe ser, en la medida de lo posible, correcto.

—¡Ave, César!— se pavoneaban otras veces.

Hoy en día, con mis frescos cuarenta años, todavía recuerdo a David. Lo que se le hizo a ese pobre chico está en mi memoria como uno de los momentos más desagradables y repugnantes de toda mi existencia terrenal. Pero, ¡Ey! ¿Qué importancia tienen los problemas de una persona anónima que muy probablemente era autista y de la que todos se burlaban sin parar? Mejor dar en los servicios de *streaming* voz a un famoso que sufre a pesar de tener su vida resuelta porque, por lo visto, solo ellos rompen con sus parejas, sufren estrés y ansiedad, tienen familiares con problemas y enfermedades terminales, y les costó sudor y esfuerzo alcanzar el éxito. ¡Y qué casualidad! La madre de todos ellos sabía, cuando el famoso era pequeño, que llegaría lejos.

Es sarcasmo.

Al recibir el diagnóstico de Aarón, recordé el daño que se le hizo a mi compañero David y lo crueles que pueden llegar a ser los adolescentes en un instituto. ¿Ser diferente podría exponer a mi hijo a riesgos físicos y mentales? Espero, por la integridad física de los futuros compañeros de mi hijo, que no sea así. ¿He mencionado que estuve dos años en el ejército y sé utilizar armas de fuego? Lo dejo caer, para que quede constancia.

¡Solo bromeaba! Si alguien le hiciera algún tipo de daño a mi hijo, yo no le haría nada..., o eso le haría creer al juez, porque jamás encontrarían al abusón.

Es sarcasmo, es sarcasmo...

La experiencia con David me trae recuerdos de un profesor del colegio que siempre nos repetía la misma frase al terminar su clase de Naturales, que en su momento era lo que hoy en día es Naturaleza, Ecología, o yo qué sé.

¿Me vas a permitir una pizca de lenguaje malsonante, *Acompañante*?

Ahí va.

—Eres joven, eres gilipollas. No importa si eres bueno o malo, listo o tonto. Eres joven, eres gilipollas. No hay más —exponía a toda la clase—. Cuando tengáis treinta años o más, os acordaréis de mí y me daréis la razón.

¿Sabes qué, *Acompañante*? Ese profesor tenía toda la razón del mundo, y creo que coincidirás conmigo al respecto.

Ciertos errores del pasado no tienen solución y lo mejor es pasar página, evitar repetirlos y educar a nuestros hijos para que ellos no los cometan.

Para tu tranquilidad, me crucé con David en varias ocasiones recientemente mientras paseaba, y parecía sonriente hablando por su móvil, dando pasos torpes. Por suerte, el trauma del instituto no lo dañó como lo hizo con el pequeño Enrique.